

# EL MADRILEÑO,

SEMANARIO

DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y NOTICIAS.

REVISTA DE LA SEMANA.

ALBUM DE EL MADRILEÑO.

Sumario.

*El Cordero Pascual—El parto de los montes—La plazuela de Oriente—Teatros.*



asó la Semana Santa:

Estamos de enhorabuena: la Resurrección de Jesús parece que ha resucitado nuestro corazón para una nueva vida.

Después de la rigidez de la cuaresma nos encontramos por fin con la alegría de la pascua.

Todo llega en este mundo, incluso la muerte, que tiene por cierto pequisimos encantos.

Todas las pascuas vienen á ser un acontecimiento notable en los pueblos civilizados por el cristianismo.

La de Navidad se notabiliza por la venta prodigiosa del turrón y del besugo, por el ruido infernal de los tambores de los muchachos, y por el asalto general que sufre nuestro bolsillo.

¡La Navidad! bonito programa para esas muchedumbres de Franciscanos de nuevo cuño, en cuya lista encuentran honrosa cabida el sereno, el aguadro, los acomodadores de los teatros, los repartidores de los periódicos, las criadas de servicio y las doncellas... de labor.

La pascua de Navidad es peor que un terremoto para todo aquel que se halla en disposición de ser atacado.

Sobre todo, no hay espectáculo mas sensible para los cesantes y para los papás.

Los primeros por el martirio que sufre su estómago, condenado á ver el turrón sin poder saciar el apetito: los segundos por la adorable sangría que les hacen los niños y la consorte.

La pascua de resurrección es mas benigna.

Sin embargo, como durante el período de la cuaresma los estómagos se debilitan un tanto por los ayunos y por las comidas de viernes, la pascua viene á ser

como la señal de la ruptura de las hostilidades, y hé aquí que nos lanzamos sobre el cordero con un apetito verdaderamente canibalesco.

¡El cordero! animal pacientísimo que en todos los tiempos y en todos países ha sido considerado como un bello símbolo de la mansedumbre y la humildad.

Quisiéramos hacer aquí la apología del cordero; pero desistimos por temor de llegar á herirlas fibras sensibles, de algun afortunado padre, favorecido por el cielo con cuatro ó seis angelitos de sucesion.

Pudiéramos acarrearle una alferacia.

Máxime si los tales angelitos sabian leer y atrapaban estas páginas.

Seria cosa de tener que resignarse á comprar á cada uno de ellos un corderito de pascua.

Y si los corderos fueran de harina, ó de azúcar, ó de yeso, ó de cartón, pase, porque entonces solo costarian dos cuartos como el *retratito de Muley-Abbas* que vendia no hace mucho en la sublime puerta un muchacho de chispa.

Pero por desgracia nuestra los corderitos de pascua son de carne y hueso y por lo mismo valen treinta ó cuarenta reales, que si se multiplican por el número 6 producen una cantidad razonable, mas funesta para el bolsillo de un padre que un rubefaciente de mostaza.

En fin, algo es preciso conceder á los tiernos pimpollos de nuestro corazón: especialmente si queremos mantener con la consorte una armonía perfecta.

Las funciones de Semana Santa: e han celebrado en esta corte como todos los años: los monumentos han ofrecido poca variedad, por mas que se han estrenado algunos.

En la capilla real se han cantado las lamentaciones con la solemnidad de siempre: el Viernes Santo tuvo lugar la ceremonia de costumbre en que S. M. la reina indulta á varios reos de muerte, conmutándose esta pena por la inmediata.

Las procesiones han estado concurridas á pesar del tiempo destemplado y lluvioso que hemos pasado.

El martes descendió sobre nosotros una nevada magnífica, que debe haber causado grandes males á la agricultura.

Estamos atravesando un temporal bastante fuerte: ha habido días en que hemos sentido el frío de la Siberia.

Las mujeres se han quejado mas, efecto del mucho aire que absorve el vacío de su ahuecador.

Esperamos con ansiedad que la primavera nos re-

compense de los días crueles que nos ha proporcionado el invierno.

Veremos si después de la pascua pasamos á mejores tiempos.

Parece ser, según dice la *Iberia*, que el bello sexo, estaba próximo á sublevarse con motivo del arreglo del arbolado que se está practicando en la plazuela de Oriente.

Nuestro colega se apresura á manifestar que no se trata allí de arrancar los árboles sino de arreglar las murallas de los jardinillos.

No faltaba más sino que se privara á la célebre plazuela de sus hermosos claro-oscuros.

Sería una lástima, especialmente ahora que van á llegar esas noches de primavera tan á propósito para el fomento del alma, esas noches de luna y estrellas en que duermen los viejos y velan los mozos, como dice Barrantes.

Quitar los árboles á ese jardín de Armida, que se llama entre nosotros plazuela de Oriente, sería lo mismo que asestar contra el amor un golpe homicida, que despojarle de las cien mil peripecias con que allí se cubre.

Tranquílense las *grissetas* y las niñas sensibles, todo quedará como estaba antes: no faltarán, pues, las grutas, ni las sillas de hierro donde por la modesta suma de seis cuartos podrán conversar á *sotto voce* largas horas con sus amantes.

La estadística del crimen no ha ofrecido en la última semana nada de nuevo.

Es una fortuna, seguramente, y casi que estamos á pique de entonar un *hosanna*.

Y á propósito, no podemos menos de consignar un hecho encantador que pone de relieve hasta qué punto estarán aterrados los habitantes de esta voluminosa colmena después de los chubascos de crímenes que han caído por todas partes.

Parece ser que en una casa de la Plazuela de Santa Ana se dió la otra noche la voz de alarma, gritando con toda la fuerza de un silvato de locomotora: ¡ladrones! ¡ladrones!

Acude la policía (que contra la costumbre acertó á oír los gritos) y penetrando en la casa, descubren á un individuo que se estaba desprendiendo á la calle por uno de los balcones. Los agentes, armados de pistola, se disponían á dispararle cuando resultó ser un individuo de la familia que con más miedo que Sancho Panza en la aventura de los batanes, se apresuraba á huir de los presuntos bandidos.

Buscaban á estos por todos los rincones de la casa y ¡pésimense nuestros lectores! encontraron que los tales ladrones habían sido los postigos de una puerta, sacudidos con violencia por el aire.

¿Qué tal? El lance es original: mucho es que los alegos no lo pregonan ya por las esquinas: se parece completamente al parto de los montes.

Los teatros han continuado cerrados toda la semana: mañana Domingo abrirán sus puertas otra vez: veremos qué novedades nos presentan en el resto de temporada.

Desde 1.º de Mayo se abrirá el circo de Priea.

Parece ser que trabajará en él una compañía enteramente nueva escogida de entre los artistas más selectos de Europa y América.

Lo celebramos mucho: lástima que Muley-Abbas y sus adláteres no estén aquí para aplaudir con *furore* las piruetas de las bellísimas amazonas que forman las delicias de los espectadores.

También es lástima que el local ofrezca tan pocas seguridades, respecto á su construcción.

¿Quién podrá estar libre allí de sacar una costilla menos, si se desprende una de las vigas de la techumbre?

Sería de desear que se hicieran reformas convenientes en el anfiteatro.

Mr. Bagier ha obtenido licencia competente del ministerio para prolongar la temporada quince días más.

La *Crónica* fundada en muy juiciosas razones que antes ha expuesto, aconseja á Mr. Bagier que no acepte la prórroga.

Ignoramos que resolverá el galantísimo empresario: pero como ha demostrado en más de una ocasión que es bastante apegado á la lógica del bolsillo, no será fácil que corresponda á la indicación de la *Crónica*.

Oh! y eso que Mr. Bagier es hoy en España el representante de la galantería francesa.

Díganlo sino las elegantes damas que asisten al coliseo, á quienes puso en prensa por aumentar un par de docenas de butacas: dígalo sino la Incerna que ha estado siempre á media luz aun en los parages más luminosos de las óperas: dígalo sino Madama Lagranje que ha trabajado á destajo para engruesar las arcas del afortunado empresario. ¡Que bien entiende el señor Bagier la política británica!

Parécenos muy justo que el Sr. Bagier no hiciera uso de la autorización del gobierno para prolongar la temporada: está en su derecho si la prolonga; pero le honraría mucho esta generosidad que redundaría en pro de nuestros teatros nacionales de verso y canto.

El Sr. Bagier se conquistaría nuestro agradecimiento por semejante sacrificio: él hará ahora lo que mejor le convenga.

El Ayuntamiento se dispone á arrendar el coliseo del *Príncipe* al que mejor pague y presente mejor compañía.

Difícilmente se podrán conciliar estos extremos: parecía más lógico que el Ayuntamiento cediera el coliseo al que presentara mejor compañía aunque pagara algo menos. Esto sería proteger el arte, lo demás es una palabrería efímera.

¿A qué conducen esas manifestaciones ridículas que ponen claramente de relieve la preferencia que se da á la especulación sobre el patrocinio del arte?

Desengañémonos: sin hacer algún sacrificio no es posible que la escena española se eleve á la altura en que ha estado otras veces.

Estamos presenciando la muerte del teatro por las trabas numerosas que se oponen á su bien entendido progreso: no parece sino que todavía tenemos los escrúpulos de otras épocas: en que se creía como artículo de fé que el teatro era pernicioso para la civilización de los pueblos, cuando es su instrumento más eficaz.

El Sr. Salas se propone hacer la oposición á Delgado que según parece desea seguir en él, formando nueva compañía.

El Sr. Delgado se entenderá; pero si la Teodora,

según se afirma, ha de formar parte de la sociedad que ha de actuar en el Circo bajo la dirección de Arjona y Osorio ¿de quién va á echar mano en tan apurado trance? Intenta conservar á su lado á la señora Toral y á sus apéndices las señoritas Boldum y Marin?

Figúrasenos que saldrá con las manos en la cabeza: es posible que no obtengan sus esfuerzos gran resultado.

Nada sabemos del Coliseo de la plazuela de la Cebada: hablando en términos llanos este desgraciado teatro parece un trasto inútil: nada tiene de extraño que algún día le veamos convertido en alhóndiga.

Si la escena del coliseo tuviera el don de hablar es fácil que le oyéramos exclamar: ¡Ay! Alba, ay! Bermónet como me habeis puesto!

La situación del teatro no es la mas favorable para ninguna empresa; pero si Valero ó la Matilde Díez vieran á él es probable que sacáran partido.

Damos por concluida esta revista lectores amables; esperamos con ansiedad los céfiros de la Primavera y los días de sol radiante á fin de ver si nuestra cabeza se pone mas firme.

Estos días de nubes y de chubascos nos han puesto á pique de morir víctimas del coqueluche.

Además el programa de las comidas de viernes nos ha estennado el estómago.

Por fortuna tenemos ya delante el cordero Pascual y así que le devoremos, prometemos á nuestros suscritores hacer estas revistas mas chispeantes, con el laudable objeto de ahuyentar su spleen.

Hasta tanto y mientras no sea posible saludar á la primavera con aquellos versos del poeta latino que empieza así:

—*Solvitur acris hiems gratu vice veris et Favoria* nos despedimos de nuestros lectores deseándoles felices pascuas, fortunas propicias compuesta de una excelente salud y una respetable cantidad de napoleones de plata, y sobre todo una sucesion magnífica para que sirva como de corona á su vejez por mas que al presente ofrezca momentos amargos.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

## SECCION CIENTIFICA.

### ESTUDIOS MORALES Y POLITICOS.

DEL PADRE.

(Conclusion.)

Llegamos á la gran cuestion: la autoridad.

No nos detendremos á definir esta cosa santa tan hermosa y tan escarnecida: vamos á concretarnos lo posible á individualizar esta teoría aplicándola á la familia.

Dos extremos lamentables: uno antiguo, otro moderno: uno que proclama una autoridad rígida y cruel, despojada de toda clemencia; otro que apela al arte maestro de raciocinar para proclamar la abolicion de la autoridad. El primero fué ley de los tiempos bárbaros, con ligeras modificaciones en la edad de hierro del feudalismo: el segundo en el principio salvador de nuestras modernas filosofías.

La autoridad degradada por el exceso es el crimen solicitando

sancion; pero la negacion de la autoridad es el crimen humanizado llamado á conmover los cimientos del mundo, ese bello monstruo cuyo diseño nos traza la mano hermosa del pensador moderno, y que á manera de esos idolos indios que representan al jaguar ó el cocodrilo, tiene la boca abierta para devorar al insensato que le adora.

Una diferencia notable entre estos dos extremos; la autoridad bárbara se envilece á sí misma; pero la autoridad abolida, tiene el lúgubre privilegio de envilecer á todos los pueblos, á todos los hombres: pintadme sus encantos y me persuadiré de que sabeis describir soberanamente la figura de Luzbel sobre un lienzo infernal. Y adviértase otra circunstancia que admira igualmente: entre el padre de los tiempos históricos que tiene la facultad suprema de vender á su hijo por esclavo, ó de inmolarse en un acceso de ferocidad; y el padre moderno que le sacrifica su autoridad, que le deja impávido sumirse en los otros del vicio, no hay mas diferencia sino que el primero forma un mártir de aquel ser aborrecido, y el segundo un malvado de este ser á quien idolatra.

Ah! lleguemos á la verdad: descubramos de una vez la incógnita.—¿Qué pretendemos con apelar al silogismo para discutir la autoridad?

Entendámonos para siempre.—La posesion de un cabo del progreso, una conquista científica, un descubrimiento útil, un paso en la perfeccion indefinida, y al momento á gritar—«Somos omniscientes: en mí la ciencia eterna; en mí un Dios con todos sus atributos: en mí razon el secreto de toda autoridad: dominaré las leyes que rigen los orbes; transformaré la naturaleza: crearé de nuevo: dadme un punto y os volteó la tierra: dadme una fuerza y creo una gravitacion universal mas conveniente—... Hé aqui la lógica de este átomo de polvo organizado, que se remonta á las nubes y cae despedazado entre las rocas: hé aqui el arte de fascinar que lo mismo hace triunfar una verdad que un absurdo: hé aqui el secreto de la alucinacion universal que nos pide el sacrificio de nuestras creencias, de nuestras convicciones.

Así se principia: y adviértase que negando la autoridad de Dios se hace preciso negar la de la tierra, porque al fin es su imagen, y no es justo que subsista arrebatando el original: verdad evidente que viene entre nosotros causando un estrago sordo, y que nos empuja al derrumbadero, tanto mas cuando inoculamos el virus en el órgano mas delicado, en la familia, única base del edificio social, que no puede caer, sin arrancarlo y despedazarlo.

Para completar la muerte de la autoridad faltaba que la filosofía empleara sus tropos, sus imágenes de efecto, contra la autoridad del jefe del hogar doméstico, y he aqui que se trató de desprestigiarla, de acometerla, de señalarla derechos y límites capciosos apelando como de costumbre á falsos sentimientos humanitarios, que lo mismo pueden hacer triunfar e pró que el contra.

Quisiéramos de corazon que toda imagen de la autoridad en la tierra fuera una copia de la autoridad del hogar que á su vez lo es de Dios: la autoridad paternal es el tipo grandioso realizado en el mundo cristiano por inspiracion divina, para que á su semejanza se formen las demas figuras de la autoridad.

Así, puede asegurarse sin vacilar que la autoridad del padre se aproxima tanto á Dios, está tan conforme con el plan de la Providencia, que no solo es acá en la tierra el santo modelo que debe copiar el legislador, sino que sin su influencia soberana la familia no tendria certidumbre alguna de su destino, la sociedad sería el caos.



Vengamos á los extremos: desde el Evangelio el poder paterno es nuestro amigo y se inspira de clemencia para corregir nuestros extravíos—¿podiera realizarse otra fórmula mas sublime de la autoridad?

En efecto, esta autoridad es sacrosanta: esta autoridad lo concilia todo: esta autoridad tan generosa, es casi una segunda Providencia humana, porque no existe sino para hacer el bien; para ella no hay mas que seres queridos á quienes gobernar sin responsabilidad de lágrimas: evita la barbarie del padre pagano que arrebató al verdugo su papel siniestro: evita la tiranía del feudalismo que solo tiene miradas para los primogénitos: concluye la clasificación de hijos primeros é hijos segundos: todos son ramas de un mismo tronco: ramas á quienes hay que fecundar con sávia de amor en lugar de esterilizarlas con una crueldad despiadada.

El secreto de la grandeza de la autoridad estriba en el amor, en la misericordia, y tanto mas se aproxima á la de Dios cuanto mas se enriquece de estos dones que realizan seguramente la perfección de todas las cosas; porque la autoridad no consiste en un estéril alarde de mando; sería mezquina hasta el exceso: consiste en el aprovechamiento de su influjo soberano para hacer todo género de beneficios: con misericordia, con amor es una virtud: sin estos dones es un azote feroz.

Preséntanse como ejemplos los abusos de la autoridad en todos los tiempos. ¿Qué prueba una escasez? Antes los padres abusaban de ella para violentar á sus hijos en la elección de estado: casaban á las mujeres por un mandato inflexible, y disponían de la profesión del hombre por otro mandato; pero esto ¿qué prueba contra la autoridad?—que la marcha de los tiempos ha podido degradarla ó ennoblecerla.—¿Dejará de ser por eso un principio altamente benéfico y civilizador sin el que no es posible la organización perfecta del estado?

Desengañémonos: la autoridad en todos sus órdenes es una necesidad social imprescindible, sin la que no hay garantías de seguridad: sin la que los códigos pierden su eficacia. Los pueblos, arrastrados por un vértigo han podido tronar contra la autoridad en un día de revolución; pero si han conseguido derribar un déspota, en cambio han elevrado en paveses millones de déspotas que los han devorado.

La autoridad paternal ha de ser suavizada por el amor, ha de inspirarse de amor para contribuir al bien de la familia que es su objeto, y nunca tendrá que arrepentirse ni que sufrir los remordimientos que ocasionan las demasías: de esto á revolcar en el cieno su dignidad hay mucha diferencia; pedimos la virtud y no el esceso: la rigidez dura y desapiadada, la austeridad brusca y severa no son siempre modelos de virtud, porque esta excelencia humana es mayor cuanto se muestra mas afable, mas sencilla mas modesta, mas inspirada de amor y caridad: no necesita ser dura, ni afectar un hielo aterrador para ser grande y hermosa; no necesita esquivar el trato de gentes para cumplir sus preceptos: al contrario, se distingue en el mundo por su valentía, por sus benevolencias, y gloria en la tierra al corazón que sabe sentir sus delicias, sin degenerar en un ente mezquino, coticioso de un vil aplauso.

La autoridad paternal ha de ser un dulce preservativo que curiéndose paso hasta el alma por medio de la ternura sepa cicatrizar sus heridas. Alejándose de las formulas de la barbarie y de los excesos de la fuerza, sabrá conservar en el hogar un bello prestigio, que sera como el generador fecundo de todas las armonías.

A evitar los extremos debe encaminarse la ciencia del buen padre: queremos adorarle; pero por lo mismo ha de saber mans tener incolecta siempre el carácter divino de su autoridad. El

décálogo entraña en su corazón y puede tambien inspirarle; del padre tiene que tomar ejemplo el legislador y el sacerdote, todos los tipos sublimes de la autoridad humana; y si quiere ostentar las magnificencias de su poder, sin que la conciencia le acuse nunca; si quiere que el hogar se engrandezca por las perfecciones infundidas, aprenda á rodear, de virtudes su autoridad, y realizará milagros. Como ame á sus hijos se hará tambien amar y respetar, porque el respeto no es el temor del esclavo que teme el látigo, es el amor del ángel que sabe agradecer.

El amor es el que solo sabe inspirar para derramar el bien, y autoridad que ama es la Providencia que nunca se cansa de repartir beneficios.

LEANDRO ÁNGEL HERRERO.

Madrid.—Abril 14 de 1882.

En el breve espacio de quince días, al cabo de bastante tiempo que no presenciaba esos espectáculos, ha visto el público de Madrid desplegarse dos veces el funebre aparato que todavía entre nosotros acompaña al acto de segregar la sociedad de sí algun criminal.

No vamos á remover las mil veces suscitadas cuestiones sobre la pena de muerte, que algunos filántropos, entre ellos los mas de los higienistas, quisieran ver sustituida por un bien meditado sistema penitenciario, que llenase el doble objeto de aislar perpétuamente de los demás hombres á los que desconocen el deber de tales, y fuese al propio tiempo una eficaz medicina para rehabilitar por el arrepentimiento sus almas envilecidas; otra y mas modesta es nuestra empresa. Partiendo de la dolorosa necesidad hoy existente, nos proponemos examinar bajo el punto de vista higiénico los inconvenientes de la ruidosa publicidad con que se verifican las ejecuciones capitales, aumentada, si cabe, por la intemperancia en el afán de publicar todo género de noticias que padece parte del periodismo.

Prescindamos de averiguar hasta que punto exija la vindicta pública la adopción de tan aparatosas formas, y demos por sentado que así quiere la justicia humana que sus fallos sirvan á la vez de castigo y ejemplar; pero, aun con estas concesiones, parecemos que la manera de ejecutar hoy las sentencias de muerte lastima horriblemente á la parte sana de la sociedad, que es por fortuna la mas numerosa, y no produce en los miembros corrompidos de esta misma sociedad el saludable escarmiento que el legislador se propone.

No creemos sea preciso detenernos á probar cuán hondamente se afectan las personas de buenos sentimientos á la simple noticia de una próxima ejecución; las mujeres, especialmente, manifiestan de un modo visible su conmoción, algunas dan al hecho todas las proporciones de una calamidad general, y no pocas sufren las consecuencias físicas de semejantes trastornos morales. Ahora bien: nosotros, que opinamos que hasta el inexorable cumplimiento de la ley está obligado á guardar las consideraciones debidas á los intereses del mayor número, quisiéramos ver aquel cumplimiento destituido de todo lo que, sin ser condeciente al objeto, produce por esta sola circunstancia males cuando menos supérfluos. Ya que, por ejemplo, no es posible evitar que la noticia se difunda por las cien lenguas de la prensa, que la refieren de casa en casa, de hogar en hogar, con minuciosas descripciones y detalles, á veces hasta indignos, de lo que hacen y dicen los reos y el ejecutor de la justicia, evítense siquiera otros medios de intempestiva publicidad, como el pregonar de los ciegos y el tañido de las campanillas por las calles.

Pudoso es sin duda el motivo de la cuestacion, y muy santo y cristiano el fin á que sus productos se aplican; pero igual objeto pudiera alcanzarse sin la irreverente colocacion de alta-

res en la vía pública, que además consternan á todo un vecindario pacífico, y sin el sonado paseo de los cuestadores; los templos del Señor ú otro local previamente designado, debieran ser los únicos sitios donde acudieran á depositar su óbolo las almas caritativas. Por muy respetable y digna de conmiseración que sea la desgracia de los que sufren el extremo rigor de la justicia, no vemos la razón de un privilegio que, de seguro, se negaría el día de mañana á la desvalida virtud; es bien cierto, en efecto, que un grito general de reprobación se levantaría ante el proyecto de hacer parecidas cuestaciones por los muchísimos infelices que diariamente fallecen en los hospitales, víctimas acaso de su virtuosa y heroica constancia en el trabajo.

Toda esa publicidad, por otro lado, auxiliada por las mil anécdotas que impresas y de palabra circulan sobre la actitud de los reos, sirve maravillosamente á mantener viva la excitación en una parte del pueblo, ávida de emociones, la cual acude llegado el día, no á compadecer al criminal y recibir lección de su fin trágico, sino á satisfacer otra clase de sentimientos bien distintos. Dígalo la bulficioso muchedumbre que desde las primeras horas de la mañana corre presurosa á escojer puesto; díganlo los que en ademán de alegres y desocupados romeros asaltan los asientos de los carruajes públicos, estacionados *ad hoc* para llevar *por dos reales al patíbulo*; díganlo, en fin, los vendedores ambulantes de comestibles que por allí circulan, los almuerzos y merendonas que se verifican, y tantísimas otras escenas indignas de la cultura de una población y lo sagrado de aquel lugar.

¿Qué provechosa enseñanza puede resultar de tales prácticas? La ley quiere morigerar al pueblo, y ellas arrancan á este de su trabajo para precipitarle en la holganza y demás vicios que de ella derivan; aquella quiere apartar de sí un miembro gangrenado, y estas empiezan por corroer á otros mil. Calcúlese solamente el valor representado por el trabajo perdido, además de lo estérilmente gastado por los que lo pierden, y subirá á una suma respetable lo que se derrocha; esto amen de las insolaciones ó humedades recibidas, de las borracheras y otra infinidad de causas destructoras de la salud, que es el único capital de las clases jornaleras.

No nos mueven solamente todas esas importantes consideraciones, que podríamos llamar de higiene puramente física; hay otras mucho mas elevadas de higiene moral.

Es frecuente entre los criminales endurecidos, y de ello tenemos un reciente y lamentable ejemplo, ostentar en el supremo trance de su vida cierta impúdica serenidad, casi mejor diríamos cinismo, que el ignorante vulgo traduce por el valor de un ánimo esforzado; de ahí las simpatías que su memoria despierta entre algunas gentes, y el hallarse aquel ser aborrecible casi divinizado ó por lo menos convertido en un verdadero héroe. Oigan los encargados de la cosa pública los comentarios que sobre aquel supuesto valor se hacen en los sitios de reunión del pueblo bajo; escuchen las entusiastas narraciones de algunos testigos presenciales, piensen luego en el irresistible atractivo que sobre inteligencias poco cultivadas ejerce el deseo de distinguirse por cualquier concepto, y se asustarán de las fatales consecuencias que pueden acarrear tales ejemplos.

El hombre, *ese niño grande maravillosamente dispuesto para la imitación*, según le llama el médico-moralista Descuret, propende de una manera casi irresistible á imitar en todas las edades; en esto se funda la sempiterna máxima de ser el ejemplo la mejor de las enseñanzas. Es, pues, de todo punto necesario apartar cuidadosamente de la vista de los hombres lo que puede pervertir un instinto tan preponderante, y no admitirlo ni aun en la corrección, sino se quiere convertir á esta en incentivo,

Con arreglo á estos principios de reconocida verdad, fáciles de comprender lo contraproducente y dañoso de prolongar por mas tiempo unas prácticas abandonadas ya casi en todas partes donde aun existe la pena de muerte; sin duda por razones mas ó menos parecidas á las que brevemente hemos apuntado, las naciones á quienes nos complacemos siempre en imitar, han suprimido de aquella el aterrador aparato que entre nosotros conserva, inútil como ejemplar, perjudicial en muchas de las escenas á que da pretexto, y solamente fructuoso para inquietar por varios medios á la parte buena, pacífica y tranquila de la sociedad. En nombre de esta, y velando por los intereses higiénicos de la misma, nos atrevemos á pedir una conveniente reforma á los que pueden otorgarla en el asunto; seguros de que saldrían á un tiempo gananciosos los miramientos debidos á la mayoría de las gentes de bien, y el objeto que busca la ley al imponer la mas terrible de sus penas.

## LA REDENCION.

El mundo yace en caos insondable  
siempre los hombres de su fé olvidados,  
sumidos en los vicios y pecados  
necios al borde del abismo van.  
En tanto que resuena en el espacio  
y en los antros de lóbrega caverna  
al contemplar su perdición eterna  
burlona carcajada de Satán.

Mas... no ¡no aún! que la bondad eterna  
de Dios reserva inmenso beneficio  
al hombre, que tamaño sacrificio  
no llegará jamás á concebir.  
Su propio Hijo, descendiendo al mundo  
y tomando á su vez figura humana  
de los mortales la maldad insana  
viene humilde y glorioso á redimir.

¡Jesús! ¡María! la mujer y el hombre  
tal cual debieron ser eternamente,  
tal cual sin duda los forjó en su mente  
al prestarles su esencia el Criador  
dotado de las célicas virtudes  
que ostentaban en toda su belleza,  
Ella... emblema perpétuo de pureza  
El... ejemplo constante al pecador.

Se consuma el divino sacrificio  
que la tierra contempla estremeñida  
y deja el Salvador, deja su vida,  
en el leño afrentoso de una cruz.  
Porque una espacion fué necesaria,  
y una víctima pura, aunque divina,  
que dejase al morir santa doctrina  
que iluminase el mundo con su luz.

¡Sublime religion! yo te saludo,  
saludo tu bondad y tu pureza,  
tu dulzura, tu gloria, tu belleza,  
y al Hombre-Dios que te salvó al morir.

¡Gloria eterna también Virgen María,  
gloria á ti, que constante intercesora,  
nunca niegas tu gracia al que te implora,  
siempre al hombre mitigas el sufrir.

Yo te vi que en las aureas regiones  
rodeada de célicos querubes  
al través de los cielos y las nubes  
me mirabas cual nunca olvidaré.  
Aquél purísimo maternal destello  
de tus ojos, mi alma electrizaba,  
y si acaso mi espíritu dudaba,  
desde entonces, Señora... ¡tengo fé!!

ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

## LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

### VII.

«Generalización de las locomotoras.—Temores que su inauguración hizo concebir á algunos.—Grandes ventajas que han reportado al hombre, y las que aun están llamadas á conceder.—Su desarrollo en el globo. Causas que se han opuesto á que en ciertas naciones hayan recibido el impulso debido.—Necesidad inmensa de que enlacen íntimamente los continentes de la tierra.»

Las locomotoras estaban llamadas á producir una revolución completa en el globo, y hasta en el vasto campo de las ideas. Ellas iban á horrar las distancias, á reunir las regiones opuestas de la tierra, á establecer una comunicación íntima entre todos los hombres, á asegurar con un vínculo poderoso la fraternidad universal, y á facilitar á la humanidad un medio eficaz, para llegar á aquel término sublime que le señaló el autor del Evangelio: un solo pueblo en la tierra.

Hoy, acostumbrados ya á verlas abrirse paso en la inmensidad de los mares, con la celeridad del viento; á recorrer con ellas los confines de la tierra; á trasportarnos en pocas horas de París á Londres, de Londres á Madrid, de Europa á América, y en una palabra, del Polo N. al S., con la prontitud del novelista que describe un viaje universal; hoy, repetimos, la costumbre aparta el asombro, el pasmo que pudiera ofuscar nuestra razón ante tanta grandeza.

Pero, cuando este colosal invento fijó la época de su inauguración en el tiempo y en el espacio; cuando nuestros antepasados vieron un armazón de piezas metálicas, que vomitando columnas serpenteadas de humo, se alejaba de ellos, despreciando las longitudes, debieron llenarse de asombro, y hasta sobrecojerse por un vago temor, que no podían explicarse, pero que era un presentimiento, un instinto de las trascendentales modificaciones que había de obrar aquel invento sobre natural para ellos.

Tenían lugar los experimentos, y de todas partes afluían espectadores, vivamente interesados en observar por sí mismo cual sería el resultado. No había ninguno que en el momento de la prueba dejase de estar agitado por una ansiedad irresistible; y sin embargo, las ideas que su término despertaba en la mente, no eran las mismas en todos.

Los unos que componían la parte mas numerosa, se sentían fascinados por esa admiración, por ese arrobamiento que se epura de las almas pequeñas; de los hijos de la ignorancia; las creaciones gigantescas del genio y del saber.

Estos circunscritos al estrecho círculo que describe en su mente una impresión, nada veían mas allá de aquel fenómeno, que llamaban maravilloso, sobrenatural y otros no se cuentan nombres con que la impotencia intelectual confirma los hechos que no puede comprender. Asistían al espectáculo como á una función de magia, ó á la observación de otro fenómeno que por lo raro, les tenía estupefactos mientras su duración, y les proporcionaba material con que labrar despues las sencillas conferencias del hogar.

Pero aun había otras dos clases distintas de espectadores, que mas allá del fenómeno entreveían la dilatada serie de sus consecuencias.

Componían la una los partidarios de la antigüedad, los hombres pegados á las tradiciones de sus antepasados, aquellos que pueden llamarse contrahechos, porque desobedientes á las leyes de la naturaleza, miran para atrás, llevan en la parte posterior los ojos de la inteligencia, descubriendo tan solo el espacio que ya recorrió la humanidad, y sin ver nada de cuanto le falta que dudar.

Estos hombres, que niegan la marcha de la humanidad por su espacio cada vez mas estenso, y si la ven dar un paso hácia adelante, la contemplan desecha en la profundidad de un abismo, tenían que declamar contra las máquinas de vapor y descubrir tras ellas un tropel inmenso de desgracias y calamidades para la sociedad.

En su concepto las locomotoras generalizadas en el globo tendían á horrar del pecho los sentimientos de adhesión y cariño á la patria; eran una arma poderosa, la mas temible, para destruir las nacionalidades, para que sobre la ruina de estados vencidos, levantase su monarquía universal uno de esos gigantes formidables que de vez en cuando nos ofrecen los siglos.

Temores raros, mas propios de una generación que agoniza, que de los hombres dichosos nacidos en el momento en que una nueva era de progreso se inaugura en el mundo. Últimas palabras de una fórmula antigua de progreso, cuya hora de desaparición de la historia ha sonado ya en el reloj de los tiempos: palabras amenazadoras con que las instituciones que caducan por no tener ya razón de ser, anuncian inminentes peligros á la sociedad, que las ve indiferente caer en la tumba, con que la anatematizan por fin en el instante supremo de su eterna ruina.

Y los hombres encargados de dar esta voz de alerta al peligro tienen siempre fé absoluta en sus augurios, sin que pueda menos de suceder así. Ven desmoronarse el monumento de una civilización vieja, rodando entre sus escombros cuantas ideas formaban el tesoro de su inteligencia, y entonces la muerte les rodea por todas partes con su sùbre sudario. Solo que no comprenden que la muerte es una ley reparadora de la naturaleza que hace desaparecer del mundo á los seres débiles y caducos para dar lugar á otros nuevos fecundos y vigorosos.

Por esto no tienen fé en el porvenir, por esto al ver á la sociedad abandonar una senda trillada; la creen sepultada en una honda sima: no comprenden que otra vereda mas ancha, mas dilatada la abre la ley imperecedera de la perfectibilidad humana.

Pero nosotros que confiamos en ese orden universal, que hace caminar paralelamente los sucesos y el tiempo, ¿hemos de abrigar los infundados temores de los partidarios de la inmovilidad social? ¿Hemos de asegurar con ellos que esas anchas vías que abren mutuamente las puertas de todos los pueblos, van á destruir las nacionalidades, y á elevar un trono sobre el mundo desde el que contemple su soberana el despotismo universal? Ah! no. Este escepticismo para lo futuro, y estas sospechas de todos

los grandes inventos, existen tan solo en ciertos hombres, pegados á sus preocupaciones como la yedra á la ruina de los antiguos monumentos romanos.

La sociedad que oyó sus predicciones terribles, les ha visto ya desmentidas con los hechos prácticos, y hoy todos desean que las vías férreas se ramifiquen por todas partes, y extiendan la riqueza, del mismo modo que los vasos sanguíneos se esparcen por el cuerpo para alimentar y sostener la vida animal.

¿Y cómo no había de suceder así? ¿Acaso las nacionalidades son unos castillos feudales, cerrados para todo el que no lleve en su pecho el escudo de la familia?

Pasaron ya aquellos tiempos de barbarie, en que la palabra patria, tomada en un significado absurdo y feroz, era una bandera de esterminio, desolación y sangre, con que se manchaba el velo diápreado de la diosa civilización.

Perecieron aquellos severos espartanos, siempre armados para engrandecer con hechos atroces á su patria adorada, aislados, sin hogar, sin padres, sin esposa, y sin hijos, sin otro sentimiento que el amor á Esparta, y dispuestos á exterminar al mundo en aras de este mito idolatrado.

Roma venció á estos héroes feroces, y apropiándose de sus ideas patrióticas, logró convertir su nacionalidad en pueblo omnipotente, que tenía á los demás pueblos por esclavos, que levantó en trono con los diamantes de las coronas deshechas, y que paseaba á su Emperador en carroza, tirada por los reyes vencidos.

He aquí los efectos de una nacionalidad considerada como una plaza murallada, fuera de la cual nada le queda al hombre que amar, no hay vínculo alguno que le relacione con lo restante del universo.

Pero Roma fué vencida por el héroe divino del cristianismo, y á la voz de una civilización nueva, dictada en el cielo y proclamada en la tierra por el mismo Dios, tuvo que abrir sus puertas á todas las nacionalidades.

Desde entonces hubo un lugar para la familia, una puerta para guardar sus últimos tesoros: una nación para hermanar la propiedad y el bien estar con el poder; y por por fin, una humanidad que une á todos los hombres, á todos los pueblos con su lazo fraternal de la naturaleza.

Trabajos innumerables se han perdido sin que el hombre haya reconocido esta idea en toda su plenitud; mil empresas se han estrellado ante la roca de la necia tradición; pero por fin parece que se acerca el día en que reconocemos que la humanidad es nuestra madre, y que no hay razón para cerrar nuestras puertas á aquellos que tienen derecho á llamarnos hermanos.

Y no hay que temer que habiéndose franqueado mutuamente el paso todas las naciones, que habiendo venido á tierra las murallas que las guardaban, cuando solo el respeto moral las puede defender, se levante un coloso temible, y absorva en su propiedad las propiedades de todos los pueblos.

Este temor hubiera sido justo y sensato en épocas pasadas de ignorancia, en que la espada y el cañón eran las razones con que se discutían los grandes intereses sociales.

Hoy ya la fuerza bruta se va replegando en los límites de su justo valor, hoy rinde sus armas ante el poderoso mandato de la política, de la ciencia y del saber, sirviendo tan solo para humillar á los soberbios que se revelan contra las instituciones civilizadoras.

No hay que temer que se destruyan las nacionalidades, cuando no solo se cuidan de su propia defensa, sino que cada una acude presurosa á socorrer á cualquiera potencia estranje-

ra que se encuentre amenazada de caer, rendida bajo el férreo brazo de un ambicioso tirano.

Destruídos los supersticiosos temores que las vías férreas pudieran inspirar á los hombres que asistieron á su nacimiento, y los que aun pueden indicar cierta clase de gente que permanece clavada á la roca de la inacción, haremos á grandes rasgos el cuadro inmenso de las prosperidades que este invento ha derramado sobre la faz de la tierra.

(Se continuará.)

GREGORIO HERRAINZ.

## ¡LA MUGER!

ES ILUSION.

Muger, tan solo un momento  
Háblame con claridad;  
Yo te diré lo que siento  
Y tu dime la verdad.  
Quiero saber lo que has sido,  
Lo que eres, lo que serás,  
Si eres sólido ó fluido  
Si eres cahochuco ó eres gas.  
Si eres montaña ó planicie  
Si eres cuerpo ó eres punto  
O tan solo superficie  
O si lo eres todo junto.  
Si procedes de un bufido  
Que dió el diablo al suspirar,  
Si de Adam te han estraído  
O de la espuma del mar,

Si de un ángel al suspiro  
Se formó tu esencia pura;  
O si eres bruja, ó vampiro,  
Razon, belleza ó locura,  
No hay quien de dudas me saque  
Y mi paciencia se agota,  
¿Serás solo el mirriñaque  
Que al sexo feo alborota?

Pues ilusion es la vida  
Será ilusion la muger,  
Pero una ilusion querida  
Que no se borra ni olvida  
Ya cause daño ó placer.

ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

## MODAS.

**Traje de calle.**—Vestido de paño de seda negro, adornado de glasé, negro tambien, y de cinta estrecha anaranjada.

Falda adornada al canto por una anchura de glasé; recordada en almenas por el borde superior y guarnecida de una cinta color de naranja.

Polonesa de la misma tela, y con adorno igual al de la falda todo alrededor, y tambien la manga, aunque mas en pequeño. Esta polonesa ciñe el talle y recibe el vuelo por detrás en hiés, completándola un cuello á la marinera y botones con presillas de pasamanería en el pecho.

Cuello y mangas de muselina.

Sombrero, capota de glasé negro con cintas anaranjadas. El ala vá cubierta por tres rizados de glasé, y el fondo le forman dos bullones de glasé naranja, separados del ala por dos órdenes de lazadas, una negra y otra naranja. El bavonet, cintas de atar y flores que adornan el rostrillo, son tambien de este último color.

**Traje de visita.**—Vestido de glasé color pizarra, adornado con cintas de terciopelo color de pensamiento.

Falda adornada en el bajo por tres volantitos picados en ondas agudas y rizados á tablas, de modo que cada uno ocupe una de las ondas; estos se colocan á tres centímetros del borde de la falda, haciéndoles subir en punta en el costado izquierdo, y poniendo en la cabeza de cada uno una cinta estirada.

En el mismo lado izquierdo va además un paño de aumento cortado en nesga para aumentar el plegado en esta parte.

Cuerpo alto, liso, de talle redondo y cerrado en el pecho con botones y ojales: una berta ó fichú, formado por tres volantitos con sus correspondientes cintas moradas, parte del centro del pecho hácia el hombro izquierdo, va vuelta por la espalda y cruza de nuevo hasta el lado izquierdo del talle, figurando un fichú María Antonieta con sola una punta

Cinturon de terciopelo morado con hebilla.

Cinco cintas como las de todo el adorno bajan en el costado izquierdo de la falda, desde donde concluye el fichú hasta el primer volante, abriéndose en abanico.

Manga estrecha, lo mismo de arriba que de abajo, adornada por una guarnición al canto, y tres más arriba, que forman pico sobre el antebrazo.

Cuello y mangas de nanzouk.

Sombrero de crespón y tafetan color de pensamiento; el ala la cubre un plegado de tafetan, y de él es también el bavonet que va guarnecido de una blonda blanca. El fondo es de crespón blanco bullonado, y completan el sombrero un gran lazo de cinta morada sobre el ala, y cintas y flores en el roscillo, de igual color.

#### CRÓNICA NACIONAL Y ESTRANGERA.

El ministro Layard declaró en la Cámara que son falsas las aserciones del buen estado en que se halla Italia. Mister Gladstone dijo que Inglaterra debe dar su apoyo moral a Italia. Lord Palmerston opina que los desórdenes en las provincias napolitanas, provienen, no del cambio de gobierno, sino de las personas que se envían allí para causar trastornos.

Un despacho de Nueva-York anuncia que se espera muy pronto un nuevo combate importante. La fragata *Florida*, de la marina del Sur, que se halla delante de Orleans, hacia sus últimos preparativos para forzar el bloqueo y permitir a doce buques cargados de algodón marchar a Europa.

Parece confirmarse que Goyon continuará en Roma y que Lavalette no volverá, siendo reemplazado por Moustier.

El *Pais* dice que no ha cesado de reinar la mejor armonía entre los representantes de las tres potencias en Méjico.

Dice la *Presse* que el general Lorenz no quería penerse en marcha para Méjico hasta que llegaran los refuerzos de Francia y que el general Prim insistía en el tratado de Soledad.

Una comunicación fechada en Orizaba el 7 de marzo, da la seguridad plenísima de que no hay el menor síntoma que anuncie divergencia de pareceres entre los jefes de las divisiones española y francesa, y que no existe por lo tanto temor ni peligro de conflicto, que allí mismo algunos se complacían en anunciar.

La fragata inglesa *Donegal*, cargada de tropas, ha dejado la Habana para ir á las islas Bermudas. Las tropas francesas habían dejado á Orizaba el 9 para adelantar sobre Tehuacan. Un batallón español había dejado la Habana para Veracruz.

La escuadra federal ha dejado la barra del Mississippi para atacar de nuevo á Orleans.—El *Merrimac* se dispone á tomar el mar.—Se ha rechazado la enmienda relativa á la imposición sobre el algodón.

El rey marchará el 22 á Nápoles.

Continúa Garibaldi su viaje por las provincias meridionales para instaurar las sociedades de tiro nacional.

Confertí ha sido nombrado ministro de Gracia y Justicia.

En la Cámara de los diputados el Sr. Caracci Meo, interpelló al ministerio sobre las medidas tomadas contra los reaccionarios que han tomado movimiento principalmente en Capitanata, y pidió que el gabinete renovara sus instancias para que se aleje de Roma á Francisco II. El ministro lamentó esta circunstancia, aunque creyendo había exageración, y manifestó gran confianza en los funcionarios últimamente enviados á aquellas provincias. Respecto á la salida de Roma de Francisco II, declara abrigar la esperanza de que el emperador Napoleón, que conoce el mal, tratará de remediarlo; pero que no pueden vencerse de una vez todas las dificultades.

La nueva división francesa no había llegado el 11 todavía á Veracruz.

Dícese que en esta última ciudad se había querido asesinar á Almonte, pero que había fracasado la tentativa.

El Senado de Washington ha votado 65 millones de dollars para armar nuevas fragatas con coraza.

El ejército federal del Potomac victorioso ha avanzado hasta Wassentoun.

El huque separatista *Nashville* ha forzado el bloqueo del puerto de Beaufort.

Los embajadores japoneses han sido recibidos por el emperador. El *Monitor*, al dar cuenta de esa recepción, dice que el emperador en el discurso con que respondió al de la embajada, dijo que se felicitaba de las relaciones amistosas que existían entre los dos imperios, y la libertad de que gozarán, les vencerá de la hospitalidad de ciertas naciones civilizadas.

En conformidad á los deseos que habían manifestado los embajadores, serán estos conducidos á su regreso al Japon en un buque de guerra francés.

El gobierno otomano ha dirigido al de Montenegro el «ultimatum» exigieudo:

1.º La restitucion de prisioneros.

2.º El compromiso formal de impedir las incesantes invasiones en el territorio turco.

Es inexacto el cambio de ministerio turco.

Corren rumores de que el ministro de Negocios extranjeros ha hecho vivas representaciones al ministro de Prusia encargado de los negocios de Austria en Italia, relativamente á las partidas realistas que se concentran continuamente en Trieste y se embarcan en este puerto para engrosar las filas reaccionarias.

La *Caceta* publica una circular del ministro del Interior á los perfectos. La política italiana, dice el documento, está denominada por las ideas de unidad nacional y de la libertad. Mientras la obra de unificación no sea acabada, no puede haber dos programas políticos en Italia. Los hombres que suben al poder, no pueden diferir entre sí mas que sobre la apreciación del grado de libertad del cual está susceptible el país. El nuevo gabinete cree que el país gozará mucho tiempo de las libertades acordadas por el estatuto. El gobierno tendrá una política de conciliación, pero despues de haber reconocido todas las fuerzas útiles, reprimirá enérgicamente todas las tentativas sobre sus atribuciones. El diputado Ballanti ha sido encargado del crédito Foncier de Francia para la organización del crédito Foncier y agrícola italiano. El Padre Passaglia está nombrado oficial de San Mauricio y Lázaro, y la Cámara está prorogada hasta fines de Mayo.

Se han acercado á nuestra redacción unas personas á consignar el siguiente hecho, que transcribimos sin comentarios de ningún género, limitándonos simplemente á referir lo que nos han contado. «Parece ser que una de estas últimas noches han visto en una reunion de amigos una mujer sonámbula, que adivina las cosas pasadas y presentes por remotas que sean, haciendo la mas minuciosa descripción de todo lo que se la pregunta, incluso las enfermedades que uno padece, su pronóstico y su plan curativo.»

Los que nos han dado las noticias precedentes invitan á los facultativos y redactores de periódicos á que vayan á cerciorarse de su evidencia para lo cual la encontrarán calle de Hortaleza núm. 51, casa de D. Emilio Mares.

Propietario y editor responsable.—D. José Morales y Rodríguez.

Imprenta de D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia. 15. 6010